

3. LAS RELACIONES CUBANO-ESTADOUNIDENSES: SU REPERCUSIÓN HEMISFÉRICA

John Saxe-Fernández

Las relaciones de Estados Unidos de América con Cuba siempre han marcado pautas centrales a las de esa potencia con América Latina a lo largo de la historia¹ y en la actualidad.² Cuba siempre ha sido un centro, un puntal, un nudo,

¹ Véanse Ramiro Guerra, *La expansión territorial de los Estados Unidos*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1974; Samuel Eliot Morison, Henry Stelle Commager y William E. Leuchtenburg, *The Growth of the American Republic*, actualizado como *A concise history of the American Republic*, Oxford University Press, 1977; en español: *Breve historia de Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951 y 1987; Dexter Perkins, *Historia de la Doctrina Monroe*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964.

² Véase Morison *et al.*, *op. cit.*; C. Wright Mills, *Escucha, yanqui*, México, FCE, 1965; Arthur M. Schlesinger Jr., *A thousand days*, Houghton Mifflin, Boston, 1965; Theodore Sorrensen, *Kennedy*, Nueva York, Harper y Row, 1965. La lista de artículos, ensayos y libros sobre las relaciones cubano-estadounidenses es inmensa, especialmente a partir de la revolución y la debacle de Bahía de Cochinos. Para una visión documental de las relaciones cubano-estadounidenses en el contexto hemisférico, véase J. Lloyd Mehan, *The United State and Inter-american security, 1889-1969*, Austin, University of Texas Press, 1961. Los aportes documentales de este trabajo son significativos, aunque el análisis carezca de la imparcialidad y objetividad que esperaríamos; es un indicador más del gran peso de la campaña ideológica de la guerra fría, incluso entre quienes, supuestamente, deberían trascenderla. Sobre las vinculaciones del anticastrismo, las operaciones de inteligencia estadounidense, el fiasco de Bahía de Cochinos e incidentes históricos de enorme magnitud

una espina y una piedra en el zapato de Washington. En el periodo anterior a la guerra civil estadounidense es posible encontrar un documento tras otro en los que se giran instrucciones a los embajadores de Estados Unidos y se afirma que nunca se permitirá la cesión de esa preciosa isla a ninguna otra potencia.³ El caso cubano fue mencionado en el periodo inmediatamente anterior a la guerra civil en los intentos por reafirmar la Doctrina Monroe y en 1857 y 1858 se dio un prolongado debate senatorial sobre la compra de la isla a España.⁴ Con el mayor desarrollo y expansión del capitalismo, ampliado inmensamente su proyecto continental con la toma de vastos territorios mexicanos y afianzada su expansión más moderna y ferrocarrilera se estimulan y despiertan fuertes sentidos expansionistas, abrigados al calor de un orgullo nacional cuyo indicio se encuentra en la aceleración del movimiento en favor de una marina de guerra mayor, inspirada doctrinariamente en el monroísmo, en el pensamiento estratégico de Aldred Thayer Mahan⁵ sobre el poderío marítimo y, desde luego, sobre las necesidades objetivas del capitalismo estadounidense, pujante, dinámico, voraz y depredador.⁶

como el magnicidio contra John F. Kennedy; véase Jim Garrison, *On the trail of the Assassins*, Nueva York, Sherdian Square Press, 1988; Robert J. Groden y E. Harrison, *Levingtones, High Treason*, Berkeley Book, 1990; Jim Marrs, *Crossfire: The plot that killed Kennedy*, Nueva York, Carroll y Graf Publishers, 1992. Sobre el papel de Cuba en las relaciones estratégicas, especialmente a raíz de la "crisis de los cohetes", véase B. Beddham, "Cuba and the balance of power", en *World Today*, enero de 1963; Theodore Draper, *Castro's revolution*, Nueva York, 1962, Norman Bailey, *Latin America in world politics*, Nueva York, Walker and Company, 1967, especialmente pp. 98-105; Paul Hammond, *Cold war and detente*, Nueva York, Harcourt Brace Javanovich Inc., 1969, y de manera especial Herbert S. Dinertein, *The Making of a Missile crisis: october 1962*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1976. Especial mención merece el contexto en el cual Morton Halperin, de manera breve y concisa, analiza la crisis de los cohetes en *Nuclear fallacy*, Cambridge, Mass., Ballinger Publishing, 1987, pp. 37-38.

³ Véase, Ramiro Guerra, *op. cit.*, pp. 7-19 y 131-156; Dexter Perkins, *op. cit.*, p. 133.

⁴ Perkins, *op. cit.*; Guerra, *op. cit.*

⁵ *American Sea Power Since 1775*, Nueva York, Allan Wescot, 1947.

⁶ El aumento en los presupuestos militares se dio, en ese momento, en los dos servicios, es decir, del ejército y la marina; esta última "se llevó la mayor parte, ya que constituiría la primera línea defensiva de la nación (Estados Unidos) en caso de

Quienes adoptaron el punto de vista de Mahan sobre el papel fundamental de la fuerza naval en los asuntos internacionales, invariablemente se apoyaron en las premisas del monroísmo: Mahan era un cuidadoso seguidor de esa doctrina; de aquí que, casi como consecuencia, la propuesta de Monroe recibió mayor apoyo en las fuerzas de proyección del poder militar, que hasta la fecha son su fundamento.⁷

La primera ocasión en que el gobierno de Estados Unidos solicitó y obtuvo del Congreso el reconocimiento de su derecho (autoconferido) a intervenir en los asuntos internos de un Estado del continente americano fue precisamente en el caso de Cuba. En la Enmienda Platt a la Ley de Presupuesto para el Ejército de 1901 se estipulaba que aunque las fuerzas estadounidenses debían retirarse de la isla —como resultado de la guerra hispano-americana—, el gobierno de Cuba debía consentir el ejercicio de un derecho de intervención de Estados Unidos para preservar la independencia cubana, mantener un gobierno adecuado para la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual y para cumplir sus obligaciones con respecto a Cuba.⁸ Aunque en el Senado de Estados Unidos hubo reticencias a hacer explícitas las vinculaciones entre la Enmienda Platt y la Doctrina Monroe, el archivo deja constancia de que varios senadores hicieron público lo que se deseaba mantener en un perfil bajo, es decir, que la propuesta de Platt era, en las palabras del senador Hoar, una estipulación adecuada y necesaria para la aplicación de la Doctrina Monroe al país más cercano de América (Estados Unidos) con excepción de México.⁹

un ataque extranjero (o de un desafío a la Doctrina Monroe) y también el instrumento más útil para apoyar a la diplomacia y al comercio estadounidenses en América Latina, el Pacífico y otras partes. La reconstrucción de la flota había empezado a finales de la década de 1880, pero el gran impulso se produjo en los días de la guerra hispano-americana". Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Plaza y Janés, 1989, p. 314.

⁷ Este planteamiento, históricamente irrefutable, se ha estado corroborando casi mensualmente desde la guerra fría.

⁸ Perkins, *op. cit.*, p. 193.

⁹ *Ibid.*, pp. 193-194.

Las interferencias de Estados Unidos en los asuntos internos de Cuba (y también de México) ayudaron a establecer métodos de expansión y retóricas de justificación que se usarían con otros países de América Latina y del Caribe. No se da una anexión formal, se da una situación de estatus semi-colonial en el entorno ideológico de lo que autores como Howard Zinn llaman el nacionalismo liberal, es decir, se ofrece una protección paternalista a cambio del establecimiento de bases militares; del control de empresas estadounidenses sobre los sectores estratégicos y más redituables de la economía y del apoyo irrestricto a los regímenes que mostraran una incuestionable adhesión a los intereses económicos y militares de Estados Unidos, sin importar que fuesen las más terribles dictaduras. Es ésta la receta que se ensaya en Cuba (el nacionalismo liberal) para liberar a la isla del dominio español al finalizar el siglo XIX. Al concluir la guerra hispanoamericana, Estados Unidos insiste en que Cuba acepte el establecimiento de bases navales y, como ya apuntamos, el derecho de que aquella nación envíe tropas.

La actuación estadounidense en la guerra con España debe interpretarse en medio de las tendencias históricas y económicas, pero también de las ideológicas. Zinn plantea que es desde los grandes acontecimientos bélicos que surgen verdaderas oleadas de "benevolencia idealista" para justificar ya sean intervenciones o participaciones en otras contiendas militares y expansionistas. Se trata de una especie de cortina de humo no sólo sobre sus propios crímenes y atrocidades o ambigüedades, sino también sobre las otras guerras y políticas exteriores que le siguen. Así, la autoglorificación que surgió de la guerra de independencia duró lo suficiente para ocultar el sentimiento y los motivos expansionistas —y anti-recesivos— detrás de la guerra de 1812 y la guerra contra México. Y la verdad a medias de que la guerra civil fue una noble acción para acabar con la esclavitud —y no lo que centralmente fue, es decir, una confrontación entre un capitalismo industrial, que se modernizaba de manera espectacular, frente a otro más arcaico— sirvió para "facilitar" que el pú-

blico aceptara más fácilmente la guerra contra España por la adquisición de Cuba y las tomas de Puerto Rico, las Filipinas y las islas Sandwich (Hawai), acciones todas ellas planteadas como actos moralmente justificables.¹⁰

Ningún historiador serio de la evolución de la política exterior de Estados Unidos en general y hacia Cuba y el hemisferio en particular, puede dejar a un lado las observaciones de Thorstein Veblen,¹¹ el más cuidadoso y acucioso analista

¹⁰ El concepto de nacionalismo liberal tal y como se plantea en la importante obra de Howard Zinn, *Postwar America, 1945-1971*, Indianapolis, The Bobbs-Merrill Company, 1973, es central en nuestra argumentación. Los impulsos de ese fenómeno giran alrededor de las justificaciones y la aplicación del expansionismo, el paternalismo y la maximización de ganancias. Como bien argumenta Zinn, "These nationalist ambitions have always been presented to the public in the guise of protecting national security or promoting peace or defending other nations against aggression or helping backward nations to modernize-justifiable objectives that have lent moral passion to the most ferocious technology of death ever devised. In the actual practice of american policy, this combination of moralism and technology has supported a willingness to use massive violence, to break the peace, to exhaust national resources, and, finally, to threaten the internal cohesion of the United States itself-in other words, to have effects totally different from those promised" (pp. 51-52).

Sobre el concepto de "liberalismo" es conveniente recordar, con Mills, que se puede entender y analizar: 1] como una articulación de ideales que, independientemente de su nivel de generalidad, funciona como una especie de óptica moral y de guías rectoras para enjuiciar a hombres, movimientos y acontecimientos; 2] como una teoría, explícita o implícita, de cómo funciona una sociedad, de sus elementos importantes y de cómo se relacionan; de sus conflictos clave y de cómo se resuelven, y 3] en el sentido en que lo usa Zinn, es decir, "como un fenómeno social [...] como una 'ideología' o retórica política que justifica ciertas instituciones y prácticas que demanda y espera otras". Como ideal, el liberalismo "ha sido y es una parte principal de la 'tradición laica de Occidente'. Como retórica política, el liberalismo ha sido la ideología de la clase media en ascenso. Como teoría de la sociedad, el liberalismo se limita en significación a la heroica época de la clase media". Finalmente, "la crisis del liberalismo (y de la reflexión política estadounidense), se debe a su éxito para convertirse en el lenguaje oficial de todas las declaraciones públicas [...] Su crisis de falta de claridad se funda en su uso por todos los intereses, clases y partidos". Véase, C. Wright Mills, "Los valores liberales en el mundo moderno", *Poder, Política y Pueblo*, México, FCE, 1973, pp. 139-145.

¹¹ Thorstein Veblen, *The Vested Interests and the Common Man*, Huebsch, 1919, y Nueva York, Viking Press, 1946; *The theory of the leisure class*, Nueva York, Modern Library, 1934. Las ideas centrales de Veblen están bien representadas en *The portable eblen*, Nueva York, Viking Press, 1950, con una introducción de enorme valor de Max Lerner. Para una idea y excelente descripción de las características del periodo, véase Matthew Josephson, *The robber barons*, Nueva York, Harcourt Brace, 1934.

del capitalismo y el proceso industrial estadounidense —en especial la etapa posterior a 1870 y hasta prácticamente la segunda década del siglo XX—: después de evaluar en detalle cómo la guerra de 1812 se vincula con la gran depresión de 1808-1809 —y que efectivamente propició la recuperación gradual y el auge experimentados ya plenamente en 1813-1814— procede a estudiar los acontecimientos de política exterior que siguieron al pánico bursátil de 1836 y de las condiciones de depresión generalizada de 1837 a 1843. En efecto, surgen oleadas de gran prosperidad como resultado de la gran especulación de tierras que siguió a la repartición de bienes raíces a troche y moche después de la toma y absorción de poco más de la mitad del territorio mexicano, y ya para el periodo posterior a la guerra civil, Veblen observaba en una obra de 1904 que,

...a partir de los años setenta [...] el curso de los acontecimientos en el mundo de los negocios ha adoptado un cambio más permanente en relación con las crisis y las depresiones. Durante el periodo más reciente y con persistencia acentuada la depresión crónica ha sido la regla en lugar de la excepción. Los periodos de bonanza, de prosperidad ordinaria, durante este lapso casi uniformemente pueden explicarse en términos de causas externas al proceso industrial propiamente: el periodo de prosperidad que ahora se cierra surgió precisamente de la guerra hispanoamericana, que conllevó gastos en abastecimientos, municiones y servicios, colocando al país en pie de guerra, ayudando a desvanecer la depresión y trayendo la prosperidad a la comunidad empresarial.

Las reflexiones sobre lo que en 1831 Tocqueville¹² percibió como “el despotismo de la mayoría” —que en realidad evidenciaba la dirección y las convicciones de las minorías que ya controlaban y monopolizaban los medios de información y “moldeaban a la llamada opinión pública”—¹³ coinciden con

¹² *Theory of business enterprise*, Nueva York, 1904, p. 251.

¹³ John Saxe-Fernández, “Los fundamentos de la derechización...”, *op. cit.*, p. 55.

los asertos de Veblen de que frente a la tendencia crónica a la depresión del sistema capitalista, los “intereses” creados se las arreglaban para montar “estímulos” con el fin de crear lo que denomina *unproductive consumption* (consumo improductivo) por medio de políticas que alientan la preocupación popular —en el siglo XIX— por “integridad nacional”, o lo que ahora se hace en nombre de la “seguridad nacional”.¹⁴ Los que encuentren esta visión que combina a Tocqueville con Veblen como algo irreal a partir de 1904, mejor recuerden que la economía de Estados Unidos se salvó de una fuerte contracción gracias a la primera guerra mundial y a la prosperidad que le siguió y que luego volvió a hundirse en la más profunda depresión en los años treinta, de la que se recuperó sólo después de su participación en la segunda guerra mundial y que las prosperidades que siguieron —también en ciclos recesivos— se han asociado con las guerras frías y calientes que han significado la inversión en el sector militar —en dólares constantes de 1970— de 4 billones 400 000 millones sólo de 1945 a 1990.¹⁵ Virtualmente todas estas ocasio-

¹⁴ *Ibid.*, con respecto al concepto de seguridad nacional, la versión más cáustica, pero no por ello menos rigurosamente científica, es la proporcionada por Markus Raskin: “National security or business, business is national security”. Para un desarrollo referido a la industria petrolera, véase John Saxe-Fernández, “Petróleo y seguridad”, *Este país*, marzo de 1992.

¹⁵ Al respecto conviene revisar la evidencia histórica, como lo hace de manera rigurosa Douglas Dowd en *Modern economic problems in historical perspective*, Boston, D.C. Heath, 1965. Las fluctuaciones económicas en Estados Unidos, desde 1800:

1800-1807	prosperidad	1874-1878	depresión generalizada.
1808-1809	depresión	1879	recuperación
1810-1814	recuperación gradual: auge en 1811	1880-1882	prosperidad
		1883-1885	recesión moderada
1815	pánico	1886-1890	prosperidad vigorosa
1816-1818	depresión	1891	recesión menor
1819	pánico	1892	recuperación
1820-1821	depresión moderna	1893	colapso bursátil
1822-1824	prosperidad	1894-1897	depresión
1825-1826	recesión	1898-1907	prosperidad bélica
1827-1836	prosperidad	1907	pánico
1837	pánico	1908	depresión
1837-1843	depresión generalizada	1909-1914	estancamiento
1844	prosperidad moderada	1914-1918	prosperidad bélica

nes se intensificaron las campañas de histeria xenofóbica, aunque es claro que, como lo indica el antropólogo Jules Henry Tocqueville, que tanto admiró la independencia de Estados Unidos, su amor por la paz y la justicia y su espíritu de empresa jamás pudo imaginarse en 1831 un rasgo del Estados Unidos contemporáneo: el gran miedo que llevaría a esa pacífica nación al desenfreno militarista. Es decir, en las palabras de Henry, “el miedo obsesivo a la aniquilación por una potencia extranjera”, miedo que “no existía cuando Tocqueville visitó Estados Unidos y nuestro ejército era tan pequeño, 6 000 hombres, nuestra armada tan risiblemente diminuta, nuestra absorción en nosotros tan completa, tan evidente nuestro pacifismo, que se vio llevado a calificarnos ‘el pueblo menos militarista del mundo’. Tampoco pudo Tocqueville, aunque vio muchas de las consecuencias humanas de la nueva tecnología y nueva ciencia que estaban surgien-

1848-1849		1919	leve recesión posbélica
y 1856	prosperidad vigorosa	1919-1920	prosperidad
1857	pánico	1921-1922	recesión fuerte
1858	depresión	1922-1923	prosperidad
1859-1860	recuperación y prosperidad	1924	recesión
1861-1862	depresión generalizada	1925-1926	recuperación
1862-1865	prosperidad bélica	1927	recesión
1866-1867	depresión	1928-1929	auge
1868-1872	prosperidad	<i>Década de los treinta</i> , gran depresión.	
1873	pánico	1937	ligero auge.

Década de los cuarenta: prosperidad bélica y posbélica; 1946 y 1949; recesión; inicio de la institucionalización de la “economía permanente de guerra”; inicio de la movilización permanente económico-ideológica; guerra fría.

Década de los cincuenta: 1953-1954 y 1957-1958: recesión; 1950-1953: guerra de Corea; 1954: intervención en Guatemala; 1958: intervención en Líbano.

Década de los sesenta: 1960-1961: recesión; 1961-1969: expansión; 1961: intervención en Cuba; 1965: intervención en la República Dominicana; 1963-1969: tras el asesinato de John F. Kennedy, gran intervención en Vietnam, con enorme movilización bélica y grandes incrementos presupuestarios bélicos.

Década de los setenta: 1969-1971 y 1972-1973: estanflación; intervenciones en Chile, Argentina, etcétera.

Datos económicos tomados de Douglas F. Dowd, *Modern Economic Problems*, op. cit., cuadro en la p. 143. Los cálculos sobre los gastos militares acumulados de 1945 a 1990 provienen de Seymour Melman, *Profits Without Productivity*, University, of Pennsylvania Press, 1987.

do, imaginarse el fantasma de muerte que crearían, o que llegaría a ser común que científicos y estadistas se imaginasen centenares de millones de cadáveres".¹⁶

Tocqueville, a pesar de toda su inteligencia sobre el futuro, no pudo percatarse del inmenso poder persuasivo que acarrearía el expansionismo territorial, comercial, industrial y financiero de la emergente y vigorosa burguesía estadounidense, para cuyo "enérgico y libérrimo florecimiento ninguna traba material ni moral ha estorbado", como decía Mariátegui, ni siquiera lo que Tocqueville dio en llamar "el despotismo de la mayoría". Esa burguesía utilizó en su favor, cuando le convino, los impulsos xenofóbicos que sabía anidados desde hace mucho tiempo en esas "mayorías" que ya empezaban a usar a su antojo en campañas militares.¹⁷

En el periodo de los años treinta y al calor de la acción concertada de las naciones latinoamericanas en favor del principio de no intervención,¹⁸ Estados Unidos, por razones que ahora se perciben como eminentemente tácticas, abandona el Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe, corolario que, en las palabras de Theodore Roosevelt, advertía y reafirma-

¹⁶ Jules Henry Tocqueville, *La cultura contra el hombre*, México, Siglo XXI Editores, 1967, p. 10. Para un desarrollo todavía más amplio véase, del mismo autor, *On shame vulnerability and other forms of self-destruction*, Nueva York, Vintage, especialmente "Social and psychological preparation for war", pp. 171-192.

¹⁷ John Saxe-Fernández, "Los fundamentos...", *op. cit.*, p. 55.

¹⁸ El ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, Carlos Saavedra Lamas, también Premio Nobel de la Paz, junto con la diplomacia mexicana, fue el gran impulsor del principio de no intervención, opositor a la Doctrina Monroe y desde luego a su extensión. El tratado de no agresión y conciliación, formulado por Saavedra Lamas, fue firmado en Río de Janeiro el 10 de octubre de 1933 por Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay y Uruguay. El gobierno estadounidense de Hoover rechazó la invitación a firmar este convenio. Para más detalles sobre el asunto, desde la perspectiva del secretario estadounidense Cordell Hull, véase de él mismo, *The Memoirs of Cordell Hull*, Nueva York, 1948, y J. Lloyd Mechan, *op. cit.*, un libro que, insisto, tiene valor informativo, aunque el autor parece suponer que los estados se comportan en la arena internacional desde posiciones subjetivas que califica como de *strong desires*, y no desde fuerzas y necesidades objetivas y cuantificables. La noción de "necesidad objetiva" es más adecuada para entender y eventualmente tratar de explicar los sucesos históricos o las nuevas constelaciones históricas, especialmente porque este último concepto resalta la dimensión "relacional" de los eventos.

ba “la adhesión de Estados Unidos a la Doctrina Monroe, lo que puede obligar a Estados Unidos, aunque sea de mala gana, en los casos flagrantes del proceder o de impotencia, a ejercer un poder policial internacional en el Hemisferio Occidental”.¹⁹ En mayo de 1934 el gobierno de Franklin Delano Roosevelt negoció con Cuba un tratado para la abrogación de la Enmienda Platt.

Las grandes oleadas de histeria xenofóbica, o lo que Zinn llama los “grandes ciclos de autoglorificación”, se volvieron a repetir, esta vez a raíz de la segunda guerra mundial, de la que surge Estados Unidos como potencia global en una realidad en la que proyectó su poderío multidimensionalmente. Esa guerra —dice Zinn— dio a Washington tal sentido de rectitud, justicia, virtud y una consolidada autopercepción como los campeones del mundo libre —hasta el trauma en Vietnam— para participar en un todavía más intenso ciclo intervencionista en escala mundial, planteado en lo que se conoce como la “globalización” de la Doctrina Monroe, por medio de la llamada “doctrina Truman”, explicitada en un discurso ante el Congreso el 12 de mayo de 1947 para justificar la intervención militar en Grecia y Turquía.²⁰ Pero la brecha entre la retórica del “nacionalismo liberal” y la realidad se fue acrecentando conforme avanzó el periodo de la guerra fría.

Es cierto que la reunión en Yalta²¹ mostró que los británicos, soviéticos y estadounidenses basaron su “coalición” en unas necesidades militares comunes más que en ninguna

¹⁹ Citado por Perkins, *op. cit.*

²⁰ Zinn, *op. cit.*, pp. 46-48. El autor dice: “american intervention in Greece was the first important postwar instance in which rhetoric was used by the U.S. to defend large-scale interference in another nation’s internal affairs. It was accomplished without despatching troops. It was accompanied by economic aid, and it was justified as anti-comunism. Greece exemplified the working creed of liberal America’s postwar policy: the drive to extend the national power of the U.S. into other parts of the world, the compulsion to make the capitalist dollar profitable and secure everywhere, the insistence that american know what is best for other people, and the willingness to use mass violence to accomplish these purposes. *Op. cit.*, p. 42.

²¹ Gabriel Kolko, “La conferencia de Yalta: el esfuerzo por forjar una alianza política”, en *Políticas de guerra*, Barcelona, Grijalbo, 1974, pp. 297 y ss. también pp. 487-523.

simpatía política mutua y que además, como lo explica Gabriel Kolko,²² desde el punto de vista militar la posición de la URSS rara vez había sido más fuerte frente a sus aliados que cuando los estadistas se reunieron en aquel palacio zarista, “conmovedoramente arreglado para discutir el futuro del mundo”.²³

El presidente Franklin Roosevelt, al regresar de esa cumbre con Stalin y Churchill, sintetizó las aspiraciones para la posguerra así:

Yalta [...] debe ayudar a terminar con el sistema de acciones unilaterales, de alianzas exclusivas, de esferas de influencia, de equilibrios de poder. Todos estos y otros instrumentos se han usado por siglos y siempre fracasaron.²⁴

Zinn recuerda que frases similares se le escucharon al presidente Wilson 25 años antes, al finalizar la primera guerra mundial. La divergencia entre esas palabras y los hechos no sólo dan una idea exacta de cómo el mundo de la posguerra mantuvo los mismos sistemas y *modus operandi*, sino que también la política exterior de Estados Unidos, después de la segunda guerra mundial, es literalmente una reproducción, en sentido contrario, de lo mencionado por Roosevelt. Documentos dados a conocer más tarde indican claramente que desde 1939 la Casa Blanca de Roosevelt, el Departamento de Estado y el Council on Foreign Relations estaban abocados al diseño de Blueprints (planes maestros) para el periodo de posguerra, fundamentados en la proyección mundial de lo que entonces se conceptualizó como gran área, uno de los desarrollos más importantes, desde los puntos de vista práctico y doctrinario del monroísmo.²⁵ En el establecimiento de un “nuevo orden mundial” persistió la acción unilateral, como en

²² *Ibid.*, pp. 497-498.

²³ *Ibid.*

²⁴ Citado por Zinn, *op. cit.*, p. 37.

²⁵ Véase John Saxe-Fernández, “América Latina-Estados Unidos en la posguerra fría; apuntes estratégicos preliminares”, Asociación Latinoamericana de Socio-

Líbano, la República Dominicana, Vietnam, Laos, Camboya y Chile, así como de manera notable —pero fallida— en Cuba. Las alianzas exclusivas se forjaron precisamente alrededor de esa noción, como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN); la Organización del Tratado del Sudeste de Asia (SEATO), la Organización del Tratado Central (CENTO), en el Medio Oriente, y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR); las esferas de influencia fueron parte central de la planeación estratégica del gobierno de Roosevelt. Éste participó en las discusiones de documentos, como por ejemplo el Memorándum E-B19 que sintetizaba las “partes

logía (ALAS), congreso, La Habana, 1991, trabajo base presentado en la Reunión de Centros de Análisis Estratégicos, auspiciada por UNIDIR y el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de São Paulo, 2 y 3 de diciembre de 1991, publicado en el *International Journal of Politics Culture and Society*, vol. 8, núm. 2, invierno de 1994-1995, pp. 224-255. La articulación estratégica de “grandes áreas” tuvo en Estados Unidos su más sistemática aplicación, y ya en abril de 1940, ante el avance alemán sobre Dinamarca, Roosevelt invoca la Doctrina Monroe para “cubrir” a Groelandia. La expresión del monroísmo en la “gran área” representó el pivote de la planeación estratégica al inicio de los primeros estudios y evaluaciones para establecer un nuevo orden mundial que en lo económico, político y militar fuera funcional al “interés nacional” de Estados Unidos. Los interrogantes centrales eran planteados por el Consejo de Relaciones Exteriores, la Casa Blanca de Roosevelt y el Departamento de Estado. Así, ¿era el Hemisferio Occidental autosuficiente o requería de comercio con otras áreas para mantener su prosperidad? ¿Cuán autocontenido era el Hemisferio Occidental comparado con la Europa controlada por Alemania? ¿Cuánto de los recursos naturales del mundo y del territorio global requería Estados Unidos para mantener su prosperidad? Los estudios convencieron a los analistas que Estados Unidos requería de libre acceso a los mercados y materias primas no sólo del Hemisferio Occidental, sino del imperio británico y del Lejano Oriente. Ésa sería el “área mínima” que se visualizaba en 1940 para de ahí proyectar una expansión global. El equipo de trabajo sobre asuntos económicos y fianzas ya establecía, desde junio de 1941, que “the grand area is not regarded by the group as more desirable than a world economy, nor as an entirely satisfactory substitute”. También varios analistas y funcionarios, como Hamilton Fish Armstrong, advertían a mediados de 1941: “that a unified Europe, with or without nazi domination, would be dangerous to the United States and thus it could not be allowed to develop because it would be so strong that it could seriously threaten the american grand area. Europe, organized as a single entity, was considered fundamentally incompatible with the american economic system.” La mejor fuente y el análisis más apropiado sobre este asunto ha sido desarrollado con abundante documentación oficial por Laurence H. Shoup y William Minter, “Imperial braim turs”, *Monthly Review Press*, Nueva York y Londres, 1977, especialmente véase el capítulo V, “Shaping a new world order”.

fundamentales de una política exterior encaminada a lograr la supremacía económica y militar de Estados Unidos en el mundo no germano".²⁶

El Hemisferio Occidental fue considerado como el "área mínima" que posteriormente fue ampliándose; de aquí que si Roosevelt hubiese vivido el periodo posbélico difícilmente se habría sorprendido por la permanencia de esferas de influencia de Washington en América Latina y el Caribe, en el Oriente Medio, tanto como en Taiwan, las Filipinas, Tailandia o Japón, o que la balanza del poder se expresara —como ocurrió efectivamente en Corea— en el conflicto sobre Berlín y desde luego en la crisis de cohetes en Cuba.

Cuba y su experiencia con Estados Unidos se transformó en campo de prueba para el intervencionismo desatado por Washington después de la segunda guerra mundial. La idea de intervención en el exterior se convirtió en algo "aceptable" durante la guerra, fundamentalmente porque parecía justificada por las invasiones de Hitler en Europa y las expansiones territoriales de Japón en Asia. Después de la guerra se hizo más fácil ampliar el método intervencionista, pero como respuesta no a invasiones de una potencia militarizada contra sus vecinos, sino, como en el caso de Grecia —usado para establecer la Doctrina Truman—, para contener procesos revolucionarios. Es decir, situaciones "internas". Esto no es algo nuevo. Desde principios de siglo Estados Unidos había enviado fuerzas intervencionistas a Cuba, Haití, República Dominicana, México y Nicaragua precisamente para evitar modificaciones políticas o la puesta en marcha de planes económicos desagradables a los intereses empresariales o al gobierno de Estados Unidos. Lo nuevo fue la "globalización" de esas experiencias.

Como lo indica el caso de Grecia, después de la segunda guerra mundial los métodos de intervención se basaron no sólo en instrumentos militares, sino también en el envío de armamento, el adiestramiento de fuerzas militares y poli-

²⁶ Citado en Shoup y Minter, *op. cit.*, p. 128.

ciacas, el despliegue de “consejeros”, etc. Con el Acta de Seguridad Nacional de 1947 se establecieron instrumentos para la intervención “clandestina”, algo que ciertamente ha afectado el funcionamiento mismo del sistema político-constitucional de Estados Unidos ya que se crearon instrumentos de “excepción”, es decir, que le daban la vuelta a los principios legales internos —locales, estatales, de condado y federales— y desde luego al derecho internacional. Se estableció la Agencia Central de Inteligencia (CIA)²⁷ para la realización de operaciones que por su naturaleza ilegal debían permanecer clandestinas, todo lo cual alentó más frecuentes intervenciones encubiertas o abiertas y armadas como una política a la que podría acudir “en última instancia” y a veces, como ocurrió en Corea y posteriormente en Cuba y Vietnam, en primera instancia.

Para realizar estos operativos Washington se arropó en la retórica del liberalismo nacionalista y ya fueran gobiernos demócratas o republicanos, la tendencia intervencionista persistió apoyada por un “paquete” doctrinario —usualmente conocido como la doctrina de la “contención”, planteada por intelectuales como George Kennan²⁸ y de un vasto y bien financiado aparato de “relaciones públicas”, es decir, de pro-

²⁷ Como uno de los análisis más adecuados, véase Marcus G. Raskin, *The politics of national security*, New Jersey, Transaction Books, 1979, especialmente “The origins of the national security state”, pp. 31-59.

²⁸ Además del multicitado trabajo de Mr. “x”, publicado por *Foreign Affairs*, véase J. L. Gaddis, *Strategies of containment*, Nueva York, 1982. Paul Kennedy, por su parte, insiste en que entre los diversos elementos de la acelerada “estrategia de contención”, destacan dos: el primero, considerado como de naturaleza negativa por Kennan, pero el preferido por el Pentágono, que le indicaba a Moscú “las regiones del mundo que Estados Unidos no podían permitir... que cayesen en manos hostiles a nosotros”. El otro aspecto sería argumentando, dentro de la línea retórica del nacionalismo liberal —que dicho sea de paso, permea buena parte del excelente trabajo de Kennedy— se centraría en un programa masivo de “ayuda económica que permitiese la reconstrucción de las industrias”. Véase, Kennedy, *op. cit.*, pp. 465 y ss. A lo largo de su texto, Paul Kennedy asume la versión oficial y “rosa” de los programas de “ayuda” económica, como el Plan Marshall. Para una percepción más realista, véase Kolko, *op. cit.*, y muy especialmente —por ser el autor uno de los prominentes “arquitectos” del nuevo orden mundial y promotor del Plan Marshall— Dean Acheson, en *Present at the creation. My years at the State Department*, Nueva York, Signet, 1969.

paganda. Las intervenciones de la guerra fría se realizaron con el empuje de un “consenso” bipartidista, y hasta virtualmente la década de los ochenta se ajustaron en gran medida a la tradición retórica del nacionalismo liberal. La expansión de los intereses estadounidenses en el mundo fue sorprendente y difícil de imaginar a principios de los años cincuenta. Cuando se da la Revolución cubana la inversión estadounidense representaba 60% de la inversión extranjera total en el mundo. Las exportaciones de Estados Unidos no sólo competían con productos de otras naciones sino que las empresas estadounidenses tenían instaladas filiales en otros países que competían con los productores nacionales. En 1963 las empresas de Estados Unidos controlaban más de la mitad de la industria automotriz del Reino Unido, y el 40% de las industrias telegráficas, telefónicas, electrónicas y de equipo estadístico en Francia. En 1967 la Cámara de Comercio de Estados Unidos calculaba que el valor bruto de la producción de las empresas de este país en el exterior superaba los 100 000 millones de dólares, es decir, el equivalente a la capacidad productiva de una tercera nación, sólo después de Estados Unidos y de la URSS.²⁹

El dominio económico sobre América Latina fue inmenso y ahora, con la privatización y extranjerización de las grandes empresas públicas, la tendencia podría agudizarse todavía más. En la década de los cincuenta, empresas de ciudadanos estadounidenses controlaban entre 80 y 100% de los consor-

Como bien lo dice Acheson al defender ante el Congreso la propuesta del Plan Marshall: “these measures of relief and reconstruction have been only in part suggested by humanitarianism. Your Congress has authorized and your government is carrying out, a policy of relief and reconstruction today chiefly as a matter of national self-interest...” Sobre la naturaleza de ese “self-interest”, sin duda Zinn ofrece la mejor descripción: “in the four years of the Marshall Plan, 16 billion dollars were dispensed to western european countries. This large sum gave the U.S. political influence in all these countries —specially in France, Italy and west Germany. It also allowed the U.S. To steer the economic politics of these nations into channels beneficial to american industries— such as building up markets for american exports”. Zinn, *op. cit.*, p. 69.

²⁹ Según cifras recabadas por Zinn, *op. cit.*, pp. 72-73.

cios de servicios públicos en Cuba, así como las minas, los ranchos ganaderos y la refinación de petróleo. Asimismo, eran los propietarios de 40% de la industria azucarera, la más importante del país, y de 50% de los ferrocarriles. De 1950 a 1960 la balanza comercial de Cuba y Estados Unidos fue crónicamente adversa a la isla, transformada en una economía realmente "tributaria" durante ese periodo por más de 1 000 millones de dólares.³⁰ Desde que en 1952 Fulgencio Batista dio un golpe de Estado, fungió —como ya lo había hecho antes dentro y fuera del gobierno— como guardián de los intereses empresariales del bajo mundo estadounidense. Desde 1933 el genio financiero de la mafia, Meyes Lansky, había logrado concesiones para operar en Cuba y ello le permitió montar todo un país gangsteril a sólo 90 millas de Miami.³¹ Lansky, íntimo de Batista, pronto inauguró varios casinos. De acuerdo con el investigador Howard Kohn, la Oficina de Inteligencia Naval de Estados Unidos usó a Lucky Luciano para que, por medio de Lansky, presionara a Batista para que renunciara en 1944. A su regreso —después de ocho años de exilio en Florida— Batista asumió el poder en un incruento golpe ya que Prío Socarrás fue convencido —por medio de varias cuentas bancarias en Suiza— para que no opusiera resistencia al ascenso de Batista. Bajo la influencia de Lansky, el gobierno de Batista procedió a colocar fondos paralelos para el desarrollo de hoteles, casinos y otros "negocios" en Cuba. El Hotel Nacional, el Sevilla Baltimore, el Habana Hilton, el Habana Riviera —construido directamente por Lansky— empezaron a modificar el panorama de La Habana. El gran negocio se centró también en el tráfico de narcóticos y el juego. Santos Trafficante —virtual dueño del Sans Souci— y su socio John Roselli eran personajes del momento. Roselli posteriormente fue figura clave en los inten-

³⁰ *Ibid.*, p. 58 y ss.

³¹ Véase Jim Marrs, *op. cit.*, en especial "Santos Trafficante and Cuba", pp. 168-171, véase también Jim Garrison, *op. cit.*

tos de la CIA para asesinar a Fidel Castro.³² Trafficante y Lansky eran dueños —con otros— del Casino Tropicana, administrado por el jugador profesional de Dallas, Texas, Lewis McWillie, el “ídolo” de Jack Ruby, quien mató a Oswald, el presunto asesino de Kennedy. En Cuba Lansky y su socio Bugsy Siegel usaron las mismas tácticas que tan exitosamente hicieron surgir del desierto a Las Vegas. La magnitud de las operaciones del bajo mundo estadounidense en La Habana fueron descritas por G. Robert Blakey, profesor de derecho, director del Instituto sobre Crimen Organizado de la Universidad Notre Dame y consejero director del Comité del Congreso que investigó el involucramiento del gobierno estadounidense en varios programas de asesinatos, así: “La Habana, en pocas palabras, era una capital del vicio de tiempo completo, cuyos dueños y operadores eran los gánsters organizados.”³³ Cuando Fidel Castro cumplió su promesa de sacar del país a estas organizaciones gangsteriles —deportó a los miembros del “sindicato”, cerró las casas de prostitución, los casinos y los laboratorios elaboradores de droga—, la CIA empezó a preocuparse, entre otras razones porque ese organismo había estado usando la infraestructura de los casinos de La Habana para canalizar fondos a ciertos miembros y grupos del crimen organizado para realizar operativos de “seguridad nacional”. Según Marrs, “de ahí surgió la idea de derrocar a Castro por medio de una invasión. También de ahí

³² Además de la documentación del Comité Church, véase *Report of the select Committee on Assassinations*, U.S. House of Representatives, U.S. Government Printing Office, 1979. Según San y Chuck Giancana (en *Double cross*, Nueva York, Warner Books, 1992), el mismo especialista en fármacos que preparó el supositorio usado en el asesinato de Marilyn Monroe —contratado a la mafia por la CIA— fue el que preparó las sustancias que se usaron en los intentos de asesinar a Castro. Dicen los autores: “calmly, and with all the efficiency of a team of surgeons, they (los asesinos) taped her mount shut and proceeded to insert a specially ‘doctored’ nembutal suppository into her anus. Then they waited. The suppository, witch Nicoletti said had been prepared by the same Chicago chemist who concocted the numerous chemical potions for the Castro hit, had beed a brilliant choice”. Una agencia del gobierno de Estados Unidos, la CIA, contrató estas “actividades” para proteger la seguridad “nacional”, amenazada por Marilyn Monroe.

³³ Marrs, *op. cit.*, p. 169.

surgió y se desarrolló la alianza entre la CIA, el crimen organizado, el aparato militar estadounidense y los exiliados cubanos, y ésta fue la alianza que produjo para Estados Unidos el fiasco de Bahía de Cochinos.”³⁴

El hecho es que por aproximadamente siete años Batista continuó sirviendo esencialmente los intereses empresariales y del bajo mundo de Estados Unidos. La represión política fue bárbara. Los asesinatos, las desapariciones y la tortura se convirtieron en hechos cotidianos en las calles de La Habana, la gran letrina gangsteril donde el terror y la violación de los derechos humanos fueron generalizados. Durante este largo y corrupto régimen no se escuchó “ni pío” de Washington respecto de estas atrocidades. Al contrario, se iniciaron apoyos militares por medio de transferencias de armamento para la represión, misiones militares y todo tipo de apoyo “policial” para mantener a Batista en el poder. Más que la fuerza militar del movimiento nacionalista y revolucionario encabezado por Fidel Castro, fueron la corrupción, la crueldad y la impopularidad de Batista los que desempeñaron el papel central en su caída.³⁵ Además de mandar a la cárcel a Santos Trafficante y sus socios, Castro procedió con un ambicioso programa de reconstrucción nacional: en vivienda popular, escuelas, clínicas, en la distribución de tierras conforme a las nuevas leyes de la Reforma Agraria, se confiscaron cientos de miles de hectáreas de tres grandes empresas estadounidenses. Las relaciones con Estados Unidos empezaron a deteriorarse casi inmediatamente después del 1 de enero de 1959. C. Wright Mills, Howard Zinn y Sastre, entre otros, aciertan en sus trabajos sobre Cuba al afirmar que Castro respondió esencialmente a sentimientos nacionalistas y populares cubanos; que las relaciones del movimiento revolucionario con el partido comunista de entonces a veces eran armoniosas, pero no siempre, y que el gobierno de Eisenhower jamás se preocupó por entender estas caracterís-

³⁴ *Ibid.*

³⁵ Zinn, *op. cit.*

ticas. Cuando el régimen revolucionario necesitó financiamiento lo primero que hizo fue recurrir a Estados Unidos, y de la famosa visita que hizo a Nueva York en abril de 1959, Castro regresó sin apoyo alguno. Las razones todavía no están claras, pero algunos analistas como Zinn especulan que la aceptación de las políticas del Fondo Monetario Internacional —políticas antipopulares y profundamente recesivas— habría impedido precisamente la aplicación del programa de expansión económica y de redistribución que tenían en mente los revolucionarios cubanos. Además, con tales políticas fondomonetaristas habría sido difícil aplicar el programa para recuperar las riquezas nacionales y nacionalizar los hoteles y casinos.

La historia que sigue ha sido narrada abundantemente, pero hoy que Cuba enfrenta un asedio mayor conviene recordarla:³⁶ en octubre de 1959 Washington envió al gobierno cubano una nota oficial de protesta por la Reforma Agraria y la expropiación de empresas estadounidenses. Pocos meses después, aceptando como suya la noción establecida por el derecho internacional respecto de la igualdad jurídica de los estados y su soberanía, Cuba firmó un convenio comercial con la URSS y las relaciones con Estados Unidos se deterioraron más. Este convenio comercial surge cuando Estados Unidos recortó la cuota azucarera cubana (unas 700 000 toneladas). Luego las empresas petroleras estadounidenses rehusaron refinar el petróleo soviético que se obtuvo a cambio del azúcar rechazada por Washington. Cuando las refinerías amenazaron con no surtir petróleo, el gobierno cubano se enfrentó a la alternativa de ponerse de rodillas ante Washington o tomar las instalaciones petroleras y eso fue exactamente lo que se hizo. Después de poco más de un año que Castro asumiera el poder, Eisenhower autorizó en el más absoluto secreto que la CIA armara y adiestrara a exiliados cubanos en Guatemala para montar un operativo como el que se usó exitosamente

³⁶ Véase C. Wright Mills, *op. cit.*, y para los efectos de este trabajo, fundamentalmente la sección dedicada a Cuba en la obra citada de Zinn.

en ese país centroamericano para imponer a Castillo Armas, o los que se habían empleado en Irán y en Líbano. La invasión contra Cuba estaba en marcha con el cuadro de "coalicción" descrito.

Kennedy llegó al poder después de haber criticado fuertemente a Eisenhower por no haber sido "suficientemente duro" con Castro. Montado en la retórica del "liberalismo nacionalista estadounidense" y profundamente anticomunista, la posición de Kennedy durante sus mil días en la Casa Blanca experimenta grandes transformaciones. Las relaciones cubano-estadounidenses marcarían la pauta —y el destino— de esa administración hasta el día fatal de noviembre de 1963, en Dallas, Texas. Arthur Schlesinger afirma que Kennedy recibió de Eisenhower una "herencia" incómoda: el operativo contra Cuba, que implicaba lanzar un ataque encubierto que violaba otra soberanía y el Derecho Internacional. Se sabe que inicialmente la hostilidad de Kennedy a la Revolución cubana era intensa.

Pero cuando la prensa estadounidense dio a conocer la existencia en Guatemala y Fort Bragg —Carolina del Norte— de bases secretas para adiestramiento contraguerrillero, y donde se realizaban preparativos para invadir Cuba, la posición de Kennedy fue de condescendencia. Incluso ya había nombrado en un cargo central al general Maxwell Taylor, quien había propuesto la doctrina de la Respuesta Flexible, la cual incluía una programación administrativa y doctrinaria para la realización de operaciones "especiales" y "clandestinas".³⁷ Kennedy, inexperto, parece que no había medido a cabalidad las consecuencias de lo que efectivamente fue el afianzamiento de un "gobierno" —secreto— dentro del gobierno,³⁸ cuyas operaciones no se limitaron —ni se limitan— al exterior.

³⁷ Al respecto, una de las obras de mayor interés es la de Fletcher Prouty, oficial de inteligencia militar de Estados Unidos, *The secret team*, Nueva York, Prentice Hall, 1973, especialmente el capítulo 4, "President Kennedy attempts to put the CIA under control", pp. 94-121.

³⁸ *Ibid.*

Schlesinger fue el encargado de escribir una racionalización —un *White Paper*— para justificar ante la opinión pública nacional e internacional la política que se aplicaría a Cuba. El documento de Schlesinger es uno de los más elocuentes ejemplos de la retórica de liberalismo nacionalista y en él se argumenta que Estados Unidos no está en contra de las revoluciones, pero sí contra las “revoluciones comunistas”. Y cualquiera que fuera a Guatemala o a Fort Bragg a entrevistar a los mercenarios que se estaban preparando para el “operativo” inmediatamente se percataría de la naturaleza de las revoluciones que tenía en mente Schlesinger. José Miró Cardona, en representación del anticastrista Consejo Revolucionario Cubano, explicó claramente que su oposición a Fidel Castro se originaba en el hecho de que “destruyó el sistema de libre empresa [...] Enfáticamente aseguramos, a aquellos que han sido expropiados de sus bienes, que les serán regresados. [...] Impulsaremos la inversión en la propiedad privada, nacional y extranjera y daremos garantías totales a la libre empresa y a la propiedad privada.”³⁹ Es decir, que las tierras, las refinerías, los ferrocarriles, los ingenios, los casinos, los hoteles —y presumiblemente también las casas de prostitución y los laboratorios para elaborar drogas— les serían devueltos a los intereses empresariales y del bajo mundo. Esa restauración era la esencia de la “revolución” que apoyaría Estados Unidos en Cuba y en el resto del hemisferio.

El poder creciente y la inquietante autonomía de una estructura que se transformaría en un gobierno dentro del gobierno empezó a manifestarse públicamente casi al finalizar el mandato de Eisenhower: para las fuerzas belicistas la sola posibilidad de que se llevara a cabo una cumbre entre el presidente y Kruschchev constituía una amenaza. El incidente del U-2, el avión de espionaje interceptado y derribado a más de 2 200 kilómetros “dentro” del territorio soviético, abortó la Cumbre de París en la que se profundizarían las negociacio-

³⁹ Citado en Zinn, *op. cit.*

nes para detener las pruebas atómicas y controlar la carrera armamentista. Los vuelos de los aviones U-2 se concibieron como una operación especial provocadora y claramente violatoria de la soberanía primero del territorio soviético y después del cubano.⁴⁰ Se trataba de un programa “clandestino” que sobrepasó cualquier control y de manera explícita detuvo una importante iniciativa de paz auspiciada por la Casa Blanca. Además, como lo apunta C.W. Mills⁴¹ el presidente de Estados Unidos fue visto en el plano internacional en plan de mentiroso o como alguien que no tiene control sobre su aparato político. Así, primero se dijo que el U-2 realizaba una misión “meteorológica”, luego que su vuelo “no había sido autorizado por Washington”, y finalmente que “el presidente estaba enterado de ello y que además este programa de espionaje ya estaba operando desde hacía varios años”. Mientras en Ginebra se negociaba el cese de las pruebas nucleares, Estados Unidos anunció que las reiniciaría, lo que volvió a recalcar la existencia de “descontroles” o la articulación de una política doble: la abierta y la clandestina. El hecho es que a Eisenhower le correspondió el dudoso honor de ser el primer Jefe de Estado de toda la época moderna que tuvo que declararse personalmente responsable por un acto de espionaje.

Su sucesor, John F. Kennedy, le seguiría casi inmediatamente, cuando aceptó toda la responsabilidad por la invasión a Cuba. Es ya famoso el comunicado del 24 de abril de 1961 en el que la Casa Blanca declara que Kennedy “ha reconocido desde el principio que como presidente sólo en él recae la responsabilidad por los actos de los últimos días. Lo ha dicho en todas las ocasiones y ahora lo repetimos para que todos lo entiendan. El presidente se opone de la manera más vigorosa a que esta responsabilidad sea atribuida a otros.”⁴²

Fue en ese momento que Kennedy empezó a entender la

⁴⁰ C. W. Mills, *The causes of world war there, op. cit.*, p. 10.

⁴¹ *Ibid.*

⁴² Citado en John Saxe-Fernández, “El filme JFK: ¿un paso hacia la glasnost?”, *Excelsior*, 3 de marzo de 1992, p. 9.

magnitud y las dimensiones reales del problema que tenía entre manos: una rama secreta del gobierno virtualmente sin control. El fracaso de la invasión contra Cuba le daría grandes lecciones a Kennedy, pero ello tomaría todavía algunos meses. Dando muestras de su falta de pericia inicial sobre estos asuntos, de inmediato nombró un comité para investigar el fiasco de Bahía de Cochinos, el cual se integró con Allen Dulles, el general Taylor, al almirante Arleigh Burky y Robert F. Kennedy. En ese comité se encontraban algunos de los más conspicuos partidarios y participantes en las "operaciones especiales". Uno de ellos, Allen Dulles, como director de la CIA, había desarrollado una fuerte estructura de operación que influía inconstitucionalmente en la dinámica política y gubernamental de Estados Unidos. Fue también durante los primeros meses del gobierno de Kennedy cuando se fortaleció la doctrina de Taylor e incluso se creó un grupo especial de contrainsurgencia y una subsecretaría especial para la contrainsurgencia y las actividades especiales.

Pocos días después de la fracasada invasión, Kennedy revivió una vez más los parámetros centrales de la unilateralidad internacional que implicaba el corolario de Teodoro Roosevelt, arropándolo en la retórica de la guerra fría, al advertir, ante la sociedad estadounidense de editores que:

Cualquier intervención unilateral por parte de Estados Unidos, en ausencia de un ataque externo contra nosotros o uno de nuestros aliados, habría sido contrario a nuestras tradiciones y a nuestros compromisos internacionales. Pero que quede claramente establecido que nuestra capacidad de autocontenernos y frenarnos no es inagotable. Si en algún momento pareciera que la doctrina interamericana de no intervención sirviese meramente para escudar una política de inacción —si las naciones del hemisferio no llegan a cumplir sus compromisos contra la penetración comunista—, entonces quiero que quede claramente entendido que este gobierno no dudará en cumplir su obligación primaria que es con la seguridad de nuestra nación.⁴³

⁴³ Citado en *ibid.*

Las noticias de que las actividades encubiertas y los adiestramientos anticubanos continuaban, llevaron a Kennedy a girar instrucciones al FBI para detenerlas y desmantelarlas. El FBI, como lo comprueba Garrison, virtualmente hizo caso omiso de tales órdenes. Los intentos de Kennedy por colocar a la CIA y a los otros elementos "secretos" bajo el control presidencial se intensificaron. La experiencia con Cuba llevó al mandatario estadounidense a firmar dos memoranda (National Security Action Memoranda, NSAM 55 y 57) que los analistas que fungieron como "vínculo" entre la CIA y el Pentágono consideraron como "revolucionarios".⁴⁴ El número 55 asigna al Jefe del Estado Mayor la responsabilidad por cualquier operación clandestina y los documentos anexos indica que la Casa Blanca deseaba el cese de las operaciones clandestinas y su casi extinción. El número 57, considerado como un *coup d'état* contra la CIA, establece los lineamientos para los más severos recortes presupuestarios y de todo tipo de recursos para las operaciones clandestinas.

Ni en aquel momento ni después, fue el proceso revolucionario cubano un "peón" de la URSS, como lo ha querido tipificar la prensa estadounidense. La presencia militar cubana en Angola se transformó en un asunto que profundizó las divergencias con Estados Unidos, especialmente durante el régimen de Carter. Mucho se debatió sobre si Cuba realmente tenía su propia política exterior o era un brazo de la de Moscú. Estas simplificaciones también se dieron cuando se debatían las relaciones chino-soviéticas y las de la URSS con Yugoslavia. El hecho es que, realmente, la política exterior cubana ha tenido como uno de sus frutos más exitosos la supervivencia del proceso revolucionario frente a la más implacable oposición, el más multifacético embargo comercial y el asedio político-militar de Estados Unidos. Es cierto, como lo afirma Jorge Domínguez,⁴⁵ que de las opciones críti-

⁴⁴ Prouty, *op. cit.*

⁴⁵ Jorge Domínguez, "Cuban foreign policy", *Foreign Affairs*, otoño de 1978, pp. 83-108. Es un trabajo de enorme importancia y lucidez.

cas disponibles al liderazgo cubano entre 1959 y 1961 surgió una relación en que la Unión Soviética fungió como el principal apoyo geopolítico. Pero el punto es que la combinación de "dependencia-independencia" en esta relación ha variado y muestra diferentes facetas con el transcurso del tiempo. Domínguez tiene razón al considerar primero la lejanía de la URSS, y que su capacidad de apoyo a Cuba, además de verse dificultada por la geografía, mostró debilidades por las ineficiencias a ambos lados de la relación, y que el apoyo a Cuba por parte de la URSS nunca fue un cheque en blanco. Los líderes soviéticos, después de la experiencia con China y Yugoslavia, habían desarrollado gran desconfianza en los procesos revolucionarios como el cubano, gestados con la participación o el apoyo militar soviético. En la década de los sesenta Cuba, con una relación no muy confiable con los soviéticos, amplió su política exterior para mejorar las relaciones con China y Marruecos, dos países muy mal vistos por Moscú.⁴⁶ El ahorro económico de Estados Unidos contra Cuba estimuló el desarrollo de una política externa mundial. Ahora es bueno recordar que hasta la llegada de Gerald Ford a la presidencia las filiales de las empresas transnacionales estadounidenses no podían establecer relaciones comerciales con Cuba, y que los barcos de ésta no podían usar las instalaciones portuarias de aquellos países con los que Estados Unidos tenía programas de "ayuda" (al menos se amenazaba con terminarla de permitir el comercio con Cuba). En el programa de asedio, montado por Johnson y Nixon, se trató de usar a la OEA para aplicar mayores sanciones "colectivas". Pero igualmente, durante los años sesenta, Cuba desarrolló posiciones que no coincidían con el meollo de la política soviética. Rehusó abandonar su neutralidad ante el conflicto chino-soviético, criticó públicamente las políticas comerciales soviéticas con los enemigos latinoamericanos de Cuba, como el gobierno militar de Brasil y el Chile de Frei. A mediados de los sesenta el comercio de Cuba con España era mayor que el que sostenía

⁴⁶ *Ibid.*

con Alemania Oriental, Polonia, Hungría o Bulgaria.⁴⁷ Mantuvo relaciones con México cuando los acontecimientos de 1968, y cuando los precios del azúcar aumentaron en 1963-1964, Cuba pudo, por un periodo limitado, comerciar ya fuera con economías capitalistas o socialistas. En ese momento las exportaciones a los países socialistas cayeron de 82% en 1962 a 59% en 1964 y las importaciones también pasaron respectivamente de 83 a 68%. Aunque luego los promedios regresaron a los niveles anteriores, el punto es que tanto en la política exterior como en la comercial se crearon mecanismos de adaptación y flexibilidad. “A pesar de la política exterior bastante independiente de Cuba en los sesenta”, dice Domínguez:

la ayuda soviética continuó ininterrumpida y las relaciones llegaron a su punto más bajo en 1967-1968 (invasión contra Checoslovaquia). Para la Unión Soviética, la independencia de Cuba fue percibida como un elemento más en el desmembramiento de la alianza soviética que se observa desde Yugoslavia en los cuarenta, China en los cincuenta, Checoslovaquia y Cuba en los sesenta.⁴⁸

La relación dependencia-independencia tuvo altibajos. Cuando se desarrollaron resistencias cubanas a cierto tipo de interferencia política por parte de la URSS, ésta contraatacó y disminuyó los envíos de productos petrolíferos a Cuba y al mismo tiempo aumentó sus exportaciones a los enemigos de ésta en América Latina: “El gobierno cubano tuvo que aplicar procedimientos drásticos de racionamiento para responder a estas sanciones soviéticas. Las presiones políticas y económicas de la URSS sobre Cuba continuaron a lo largo de la primera mitad de 1968.”⁴⁹

⁴⁷ *Ibid.* Una observación relevante hoy en día es que las inversiones españolas, especialmente las gallegas, son considerables y provienen de las viejas y cordiales relaciones de Cuba con —entre otros— Fraga, un indicador que en Cuba se mantuvo una línea muy orientada a mantener y crear opciones que fortalecieran sus oportunidades para mantener espacios de autonomía frente a la URSS y ahora con mucho más intensidad —y necesidad— frente a un Washington más hostil que nunca.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 89.

⁴⁹ *Idem.*

Durante los últimos 15 años los factores económicos y pragmáticos han desempeñado un importante papel en la articulación de una política exterior intervencionista sin precedentes por su intensidad y orden de magnitud en la historia hemisférica, prácticamente desde el enunciado de la Doctrina Monroe. Esto significa que, simultáneamente, la participación y el liderazgo cubanos en el Movimiento de los Países No Alineados, en la estructura de coaliciones latinoamericanas —como participante e impulsor— la apertura de más espacios dentro y fuera del hemisferio, el combate contra el racismo y el neocolonialismo, le ganó aliados y simpatías en África, Asia y América Latina. Ni en aquel momento, y mucho menos ahora, fue el proceso cubano producto de la “penetración comunista extracontinental”. Sus raíces de cientos de años están en la larga y tormentosa relación primero con España, luego con unos Estados Unidos que siempre han considerado a otras soberanías, independencias o autodeterminaciones, incompatibles con su “interés nacional”, especialmente en el Hemisferio Occidental. Tampoco ha sido Cuba amenaza alguna para Washington. Las enormes asimetrías que en los ámbitos militar, económico, demográfico y tecnológico existen, no pueden pasar inadvertidas. Un especialista en la materia ayuda a entender la situación.

Imaginemos un país hipotético en la frontera norte de Estados Unidos. Que su población alcanzara los 5 500 millones de habitantes; sus fuerzas armadas más de 30 millones y su presupuesto de defensa cerca de 40 billones de dólares [trillones en inglés]. El ultramoderno armamento de este poderoso Estado incluiría 3 000 submarinos de ataque y más de 50 000 aviones de combate, así como un gigantesco arsenal de armas nucleares, frente a un Estados Unidos que no hubiera alcanzado aún la posesión de la bomba atómica. Que asimismo contara con una base naval en el propio territorio norteamericano que cubriera un área equivalente a tres veces el estado de Rhode Island. Supongamos que este país tuviera una política de hostilización y amenaza permanente militar respecto a Estados Unidos, incluida la posibilidad de un ataque directo. Que hasta hubiera intentado derrocar al

gobierno de Estados Unidos por distintas vías, incluidos una expedición militar de norteamericanos exiliados y más de diez complotos de asesinato contra el propio presidente de Estados Unidos. En torno suyo, el país del norte tendría numerosas instalaciones y bases militares con un gran despliegue de fuerzas expresamente dirigidas contra Estados Unidos. Además, no sólo habría interrumpido todo intercambio económico bilateral, sino que mantendría una política dirigida a aislar a Estados Unidos de sus relaciones internacionales presionando sobre sus aliados en otras partes del mundo. Finalmente imaginemos que, en medio de este cuadro de asimetrías, el país del norte insistiera continuamente en denunciar el peligro que significa Estados Unidos para su seguridad nacional.⁵⁰

La continua hostilidad de Washington hacia Cuba, que se recrudece ahora, es irracional e injustificada, excepto por un hecho central: que la Revolución cubana ha sido lo suficientemente revolucionaria como para aspirar a un manejo soberano e independiente de su sociedad y de sus recursos naturales y humanos y esto es lo que ciertamente significa una “amenaza” para la geopolítica y los intereses empresariales de Estados Unidos, es decir, que desde la perspectiva del actual gobierno de este país, Cuba representa un “modelo”, un punto de referencia para los movimientos revolucionarios y de izquierda para los inspirados en la gesta boliviana y anti-monroísta, así como para los movimientos “nacionalistas” del Caribe y América Latina que, por contraponerse con la “receta” estadounidense —Puerto Rico—, se les debe hacer fracasar. Y ahí están la continuación y profundización del bloqueo económico y las acciones casi diarias de presión, sabotaje y acoso, para atestiguar el impulso de Washington contra Cuba.

Como ocurrió antaño, Estados Unidos volvió a recurrir en 1991 a la OEA para impulsar su campaña política contra Cuba. En ausencia de la excusa del “comunismo”, ahora se

⁵⁰ Rafael Hernández, Centro de Estudios sobre América Latina, La Habana; citado en John Saxe-Fernández, “Nuevo periodo de Bush: ¿autocracia continental?”, *Excelsior*, 24 de septiembre de 1991, p. 11a.

montan dispositivos ideológico-políticos alrededor de un compromiso “con la democracia y con la renovación del sistema interamericano”, que prevé la “determinación de adoptar un conjunto de procedimientos eficaces, oportunos y expeditos para asegurar la promoción y defensa de la democracia representativa de conformidad con la Carta de la OEA”.⁵¹

Después de experimentar en Granada y Panamá, la clase de “democratización” que Washington tiene en mente, lo cierto es que la doble moral puesta en práctica por Estados Unidos, por medio de la OEA, ya fue palpable en otra junta celebrada en Santiago de Chile en 1976, cuando gobernaba aquel adalid de la lucha por la civilización occidental, Augusto Pinochet. Hoy prosiguen esa doble moral y esa desfachatez, y mientras el subsecretario de Estado Lawrence Eagleburger hacía referencia en la junta de la OEA de 1991 sobre cómo “Cuba se había marginado” de la comunidad interamericana, el propio Departamento de Estado y los servicios de inteligencia continuaban aplicando todo tipo de medidas para ahogar política y económicamente a Cuba. La OEA, desde luego, en ningún momento ha considerado sanciones a Estados Unidos por las invasiones a Granada o Panamá, esta última la primera operación de este tipo en el periodo posterior a la guerra fría. La tibia reacción latinoamericana a ese suceso coloca a nuestras naciones en una situación vulnerable porque, como lo expresó Elliot Abrams, responsable para América Latina en el gobierno de Ronald Reagan, la invasión a Panamá era “la primera demostración de fuerza en este periodo posterior a la guerra fría”. George Bush, el ex director de la CIA y presidente de Estados Unidos montó otra operación tipo Bahía de Cochinos, con una coalición semejante a la de 1961 —una situación políticamente explosiva, dadas las revelaciones sobre el magnicidio contra Kennedy—⁵² y arropada con el lema publicitario de “Operación Libertad y Democracia”, como se le conoce en los círcu-

⁵¹ John Saxe-Fernández, “Nuevo periodo...”, *op. cit.*

⁵² Véase la nota 1.

los políticos y de seguridad nacional de Washington. Bajo su designio actuó el subsecretario Eagleburger en Santiago en 1991, y más recientemente, a raíz de la reunión del Grupo de los Ocho en Buenos Aires, el presidente argentino Carlos Menem. De manera simultánea, con este lanzamiento publicitario, los departamentos de Estado y Defensa, así como los servicios de inteligencia, han intensificado el bloqueo que ya tiene 30 años, pero ahora desplegando más presiones y mayor acción. La idea es ablandar la situación de resistencia a la acción estadounidense que eventualmente usaría la fuerza. La operación "Libertad y democracia" ganó gran impulso a raíz de la guerra del Golfo Pérsico. Como lo apuntaba a principios de 1991 Noam Chomsky:

Estados Unidos se siente ahora más libre porque no tiene que preocuparse por ningún compromiso de la Unión Soviética, y ésta —la de Panamá— es la primera invasión en la que hemos mostrado precisamente eso. Cuba será el tercer ejercicio; éste es otro caso en el que considero que, a través de una combinación de presiones económicas y subversión, y tal vez de ejercicios de confrontación militar en Guantánamo, o algo similar, tratarán los Estados Unidos de encontrar algún tipo de pretexto para derrocar al gobierno cubano.⁵³

Cuba continúa, entonces, en el ojo del huracán⁵⁴ porque ahí están en juego muchas cosas. ¿Qué es lo que espera Washington demostrar en Cuba?

¿Que Fidel, el Che y Camilo se equivocaron en 1959 al derrocar a Batista? ¿Que haber iniciado un proceso socialista en un país del Tercer Mundo fue una equivocación? [...] ¿Que con la caída de Europa del Este y la nueva política de la ex URSS ya no es posible sostener el proyecto cubano? ¿Que en el periodo posgolfo Pérsico no hay espacio para proyectos antimperialistas? ¿Que

⁵³ "Equiparó al régimen de Bush con el nazi: Estados Unidos podría usar la fuerza para desestabilizar a Cuba: Chomsky", *La Jornada*, 23 de febrero de 1991, p. 6.

⁵⁴ Jaime Osorio, "Cuba en el ojo del huracán", *La Jornada*, 15 de junio de 1991, p. 27.

hoy lo realista es poner al mercado en el centro de la economía? [...] ¿Que la guerra de baja intensidad bajo fórmulas de férreo bloqueo, aislamiento y ofensivas propagandísticas logrará tumbar al gobierno cubano sin que se dispare un tiro? ¿Que los gobiernos de América Latina [...] observarán sin mover un dedo las nuevas medidas intervencionistas de la Casa Blanca? ¿Qué es lo que se demostrará en Cuba?⁵⁵

Las presiones se acrecientan en todo caso. Por ejemplo, la empresa española Tabacalera comercia con Cuba desde hace más de un siglo en la compra de tabaco en rama y puros. Datos recientes indican que Tabacalera inició con Cuba un convenio para realizar estudios, elaborar proyectos y ejecutar obras que unirían a Cayo Coco a la isla y desarrollar ahí un complejo turístico de 16 000 habitaciones.

Todo iba bien hasta que el Departamento del Tesoro de Estados Unidos decidió, a finales de 1989, colocar a Tabacalera en su lista negra, en aplicación de la Ley de Comercio con el enemigo, lo que invalidaba a la empresa hispana para comerciar con Estados Unidos. La prohibición se hizo efectiva con un embarque de tabaco congelado en un puerto estadounidense. Ante ello, Tabacalera decidió terminar sus tratos con una empresa cubana exportadora de tabacos y suspender sus operaciones en Cayo Coco. Ahora que el gobierno mexicano parece tan entusiasmado con el “libre comercio”, estos casos quizás inciten a mayor reflexión, especialmente si se recuerda que según otro ex director de la CIA, William Colby, los cambios ocurridos en escala mundial han motivado que “la inteligencia estadounidense haya trasladado su acción del espionaje anticomunista al comercial contra los adversarios económicos”. De intensificarse mucho más —como es probable que ocurra— la competencia con los japoneses y su probable extensión al campo de “seguridad” en el Pacífico, fácilmente México caería en la vasta red de “regulaciones” y “leyes” —que Estados Unidos no tiene intención de

⁵⁵ *Ibid.*

modificar— respecto de “comerciar con el enemigo”. El caso cubano también ayuda a ejemplificar problemas en el área de control de la tecnología. En 1990 Estados Unidos basándose en la prohibición establecida de vender a Cuba partes del sistema de propulsión y equipos electrónicos de aviación fabricados en ese país, vetó la venta de cinco aviones Brasilia para 30 pasajeros que la Empresa Brasileña de Aeronáutica (Embraer) había contratado con las autoridades cubanas. La Embraer, a pesar de la difícil situación financiera por la que atraviesa, se vio privada de realizar esa operación millonaria.

Otros ejemplos incluyen el caso de la empresa Tele Caribe, que a partir del 12 de febrero de 1991 inició un sistema rápido de comunicaciones telefónicas con Cuba que daba la posibilidad a los emigrantes de tener contactos con sus familiares en la isla. Un mes después, el 15 de marzo de 1991, el Departamento del Tesoro prohibió a Tele-Cuba sus comunicaciones con la isla desde Florida. En el área de los “servicios”, especialmente los turísticos, el gobierno de Washington se esfuerza por mantenerlos “intactos” para su eventual devolución a sus ex dueños del bajo mundo —elementos que están plenamente incorporados en la operación “Libertad y Democracia”— y así, ante la inminente inauguración de vuelos turísticos de Montego Bay a La Habana, la sección económica de la Embajada de Estados Unidos en Jamaica publicó advertencias de que,

de acuerdo con las leyes de Estados Unidos, constituye un delito que cualquier ciudadano estadounidense o residente permanente en Estados Unidos gaste dinero en viajes a Cuba, adquiera mercancías o servicios en Cuba, sin permiso especial del Departamento de Hacienda de Estados Unidos [...] se prohíbe en todos los casos gastar dinero con fines turísticos en Cuba.⁵⁶

Más recientemente, el gobierno de Estados Unidos boicoteó un proyecto de promoción de viajes en “cruceros” (que in-

⁵⁶ Citado en John Saxe-Fernández, “Cuba: arrecia el acoso de Estados Unidos”, *Excelsior*, 18 de junio de 1991, p. 18.

volucra la construcción de instalaciones portuarias especiales) al advertir a las empresas estadounidenses y de otras nacionalidades que se dedican a esta actividad que se les aplicarían represalias incluyendo —en el caso de las de Estados Unidos— la suspensión de los permisos para operar.

En el rubro de las materias primas estratégicas, desde hace años el gobierno de Estados Unidos aplica “sanciones” al acero producido por cualquier país del mundo que use níquel cubano en su procesamiento.

Las dificultades a las que se ha sometido a Cuba tienden a agudizarse si se tiene presente que durante los últimos años la relación entre el precio controlado del petróleo exportado por la Unión Soviética y el sobreprecio del azúcar representó —según algunos cálculos— una balanza favorable a la isla de entre 3 500 y 4 500 millones de dólares anuales.⁵⁷ Aunque estas cifras provienen de fuentes oficiales estadounidenses, y se tienda a exagerar, lo cierto es que Cuba fue favorecida considerablemente por este arreglo. La persistencia del embargo en los momentos en que se empezaron a aplicar en la Unión Soviética los programas de la perestroika complicaron el escenario: en 1990 Moscú rechazó firmar otro convenio comercial por cinco años; a principios de 1991 el valor del comercio entre Cuba y la URSS se empezó a expresar en dólares, no en rublos. El azúcar se colocó a 25 centavos y no a 40 centavos la libra y en consecuencia se redujo en aproximadamente 50% la capacidad de Cuba para importar energéticos, alimentos y repuestos.

Los cambios que se han gestado en los arreglos sobre “derechos minerales” en las ahora ex repúblicas soviéticas, además de provocar grandes trastornos a la industria petrolera de esa región, entrañó mayores exigencias para su pago en divisas, además de que los aprovisionamientos de petróleo y otros productos petrolíferos han sufrido todo tipo de interrupciones y disminuciones. En 1989 la Unión Soviética ex-

⁵⁷ Cf. Susan Kaufman Purcell, “Collapsing Cuba”, *Foreign Affairs*, vol. 71, núm. 1, 1992, pp. 130-145.

portó 13 millones de toneladas; en 1990 10 millones y en 1991 7 millones, pero según fuentes oficiales cubanas, en ese año el país recibió menos de 25% del petróleo convenido.⁵⁸

Los efectos del bloqueo, junto con la desintegración de la URSS, han sido amplios. Hay racionamiento de huevos, pescado, carne enlatada, bisquets, queso-crema, ron, ropa interior, jabón, papel —lo que ha afectado la industria periodística. Washington se ha esmerado en exacerbar la situación con medidas totalmente reñidas con el más elemental sentido de humanidad; destaca en este sentido el boicot y las presiones contra una empresa sueca exportadora de leche en polvo, que efectivamente privó a cientos de miles de infantes cubanos de ese vital producto. Los déficit en combustibles han obligado a reducir la generación de electricidad, a cerrar algunas industrias y han afectado algunos proyectos de construcción. Desde luego hay dificultades para transportar el azúcar de las plantaciones e ingenios a los puertos, mientras las carencias de repuestos y combustibles afectan el transporte urbano y el funcionamiento de los tractores. Se estimula ahora el uso de bicicletas y se domestican unos 100 000 toros de carga. Resurge el desempleo, el mercado negro y otras manifestaciones de esta naturaleza aunque abrumadamente la población cubana está en pie de lucha ante esta prolongada e injustificada agresión cotidiana de Estados Unidos.

La situación de emergencia no ha sorprendido a la población y tampoco ha doblegado sus estructuras gubernamentales y civiles, ya macizas por treinta años de constante acoso en prácticamente todos los órdenes. Se promueve la industria turística y las inversiones conjuntas. Una parte —la cubana— proporciona tierra, materiales básicos, trabajo y apoyo logístico, mientras los inversionistas extranjeros proporcionan la ingeniería, el diseño y los bienes de capital. España ha invertido unos 150 millones de dólares. En 1990 ingresaron a Cuba 340 000 turistas, fundamentalmente de

⁵⁸ Datos tomados de *ibid.*

Canadá, Alemania, España, Italia, México, Brasil y Argentina. El programa de promoción turística prevé la construcción de 5 000 habitantes anuales, y para 1995 se espera añadir entre 13 000 y 30 000 más.

La diversificación comercial continúa, conforme a la tradición ya consolidada desde los inicios mismos del proceso revolucionario a principios de los sesenta. Cuba diversifica de manera acelerada la base de exportaciones. La biotecnología y los productos farmacéuticos son dos rubros de importancia. En 1990 Cuba obtuvo ganancias de 80 millones de dólares por sus exportaciones a Brasil de vacunas contra la meningitis B. Se estima que en 1991 el valor de las ventas farmacéuticas al exterior fue mayor que el de las de tabaco y cigarros.

La industria médica, con infraestructura hospitalaria y profesionalización médica sin precedentes en América Latina, es centro de atracción de pacientes de distintos países para tratamientos altamente especializados a precios asequibles. La "industria médica" cubana es una de las más competitivas y mejor clasificadas del mundo. En 1990, 2 000 personas llegaron del exterior para recibir tratamientos. Para enfrentar los problemas energéticos se han firmado convenios para la exploración petrolera con la empresa brasileña estatal Petrobras, mientras el viceministro de Energía Atómica de Rusia, Evguenie Rochotnikov, ha informado que su gobierno concluirá la construcción del reactor nuclear en Jaragua. Cuba pagaría en dólares y adquirirá en Italia o Alemania el equipo técnico de control.⁵⁹ La energía y la creatividad que ahora impulsan todavía más la globalización de la política exterior y comercial cubana es tan asombrosa como intensa la hostilidad de Washington. Las exportaciones de la provincia canadiense de Quebec a Cuba aumentaron, sólo en 1991, 85% y continúan en ascenso, con lo cual la isla es ahora el segundo mejor cliente de Canadá en América Lati-

⁵⁹ "Se respetará la soberanía de otros países: Estados Unidos...", *La Jornada*, 9 de abril de 1992, p. 43.

na. Las exportaciones de Quebec se diversifican, al tiempo que las oportunidades de inversión en un mercado relativamente virgen y ávido de productos extranjeros son atractivas. Entre las empresas que han ampliado el comercio con Canadá están: Parce Internacional, creada por un grupo de empresas quebequenses como la cadena comercial Metro Richelieu, el Banco Nacional de Canadá, la Cooperativa Federal de Quebec y el Grupo Lactel. Parce inició sus operaciones en Cuba con la venta de productos agroalimentarios y está en tratos para exportar maquinaria. Según su director, Gilles Choquitte, "Cuba es un buen mercado". Además, fuentes canadienses han destacado que las compañías de Quebec son abastecedoras de productos industriales y algunos insumos clave para la industria cubana de turismo en proceso de expansión.⁶⁰

Esta relación de acoso estadounidense y creatividad cubana es pieza clave en la actual constelación de fuerzas y tendencias. Al respecto es importante recordar que un documento elaborado por la CIA —y que significa ni más ni menos que una virtual declaración de guerra política contra todos los "adversarios económicos de Estados Unidos"— asienta que los cambios en la situación geoestratégica y económica —que girarían alrededor de la conformación de grandes bloques, es decir, de la "fragmentación" del sistema económico global— en la era de la posguerra fría, hacen imperativo que Estados Unidos, "junto con México y Canadá integren el mercado más grande del mundo para confrontar a la Europa Unificada, a la comunidad asiática bajo el liderazgo de Japón", bloques comerciales a los que describe como "las mayores amenazas a la hegemonía estadounidense".⁶¹

Muy al estilo de los estudios de la Grand Area,⁶² el documento de la CIA sostiene que la confrontación geopolítica en-

⁶⁰ "Cuba, segundo mejor cliente de Canadá en América Latina", *La Jornada*, 6 de abril de 1992, p. 35.

⁶¹ Dolia Estévez, "Recomendó la CIA formar un bloque económico norteamericano", *El Financiero*, 19 de septiembre de 1991, p. 14.

⁶² Véase Mintzer y Shoup, *op. cit.*

tre las superpotencias será sustituida por guerras económicas y comerciales y que “la respuesta al intercambio comercial antagónico es formar regiones económicas o bloques, como el plan para 1992 de la Unión Europea y constituirnos en comunidades sin fronteras”. Con el subtítulo de “Norteamérica, fuerzas económicas y seguridad nacional”, el documento auspiciado por la CIA argumenta sobre la necesidad “de contrarrestar el mito del declive de Estados Unidos, pero el más importante de todos es la magnitud apabullante de lo que sería el “mercado norteamericano”, integrado por Canadá, México y Estados Unidos. El documento reafirma la concepción estadounidense de que en el programa Enterprise for the Americas (Empresa para las Américas), también conocido como Iniciativa para las Américas —y que en realidad significa “América para las empresas... fundamentalmente estadounidenses”—, el comercio será para Washington una de sus “armas” para destruir o influir en el comportamiento de otras naciones. Ahí se consigna que “de haber sido un simple intercambio de bienes y servicios para el beneficio mutuo de los ejecutores, ahora [el comercio] representa el intercambio hostil de bienes y servicios. Su objetivo es tomar el control del mercado mediante la destrucción del enemigo y alcanzar tal dominio que socios recién llegados no puedan desafiar al líder.”⁶³ En este esquema, Cuba es considerada por Washington como una piedra en su zapato, especialmente porque es fundamental en el “fin de las soberanías” (por cierto no la de Estados Unidos). Existe ya una “planeación para la Cuba poscastro” en la que si bien no se especifica el papel que se les reasignaría a los miembros del bajo mundo, las empresas y los militares estadounidenses, se plantea un “resurgimiento a la Lansky”, y que será, en las palabras de Elliot Abrams, “un éxito económico” y que, además, “tendrá que incorporarse al Tratado de Libre Comercio de América del Norte”. Abrams precisó que la “meta inmediata luego del levantamiento del embargo estadounidense deberá ser la

⁶³ Estévez, *op. cit.*

adhesión al proyecto comercial de México, Estados Unidos y Canadá".⁶⁴ La operación "Libertad y democracia" prevé el derrocamiento de Castro "en algún momento de los noventa", según Abrams. El tipo de reconstrucción que éste tiene en mente es idéntico al planteado por Miró Cardona:

Los vínculos económicos naturales de Cuba son con Estados Unidos, éstos serán reconstruidos [...] Una Cuba libre será un éxito económico, apoyada por el gobierno de Estados Unidos, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y la comunidad cubano-estadounidense.⁶⁵

Así, en la posguerra fría, Cuba sigue siendo la piedra en el zapato, especialmente porque los elementos regresivos de la política exterior estadounidense y la fuerza inercial de las políticas de guerra fría permanecen vigentes anacronismos potencialmente explosivos y de manera cierta trágicos. La permanencia de la fuerza inercial de los grandes intereses monopolísticos y bélico-industriales y las prerrogativas de las burocracias de seguridad nacional siguen compaginándose —especialmente en el caso cubano— con los del bajo mundo. En momentos en que Washington carece de capacidades para articular la economía capitalista mundial y efectivamente se forjan grandes bloques (con semejanzas pero también con diferencias sustanciales a la experiencia de los treinta), el uso de la supremacía militar para compensar las vulnerabilidades económicas, tecnológicas, comerciales y financieras es un asunto explosivo y un precipitante de más guerras y conflictos. En un documento de 46 páginas cuyos pormenores dio a conocer *The New York Times* el 8 de marzo de 1992, la opinión pública pudo enterarse que el aparato de seguridad de Estados Unidos, con la Casa Blanca a la cabeza, sostiene que parte de la "nueva misión" de ese país será "convencer a los competidores potenciales que no necesitan

⁶⁴ *Ibidem.*

⁶⁵ "La Cuba postcastrista deberá integrarse al TLC: Abrams", *La Jornada*, 16 de marzo de 1992, p. 35.

aspirar a un papel mayor o a realizar o plantear una postura más agresiva para proteger sus legítimos intereses”.

El documento, clasificado como secreto, argumenta en favor de establecer un mundo dominado por “una superpotencia” cuya posición pueda perpetuarse por medio de un comportamiento constructivo y el suficiente poder militar “para disuadir a cualquier nación o grupo de naciones de poner en entredicho la primacía estadounidense”. El documento usa el término “poder benevolente” y articula uno de los rechazos más claros al internacionalismo multilateral y la estrategia que surgió después de la segunda guerra mundial por medio de la ONU. El meollo del asunto se refiere al intento de la alta burocracia militar y de seguridad para mantener un presupuesto de un billón doscientos mil millones de dólares en los próximos cinco años, y una fuerza militar de un millón seiscientos mil soldados. El documento, de manera conspicua, hace referencia a las acciones colectivas como las que permitieron el asalto contra Irak, pero se trataría de asambleas *ad hoc*, que no durarían más allá de las crisis inmediatas. “Lo más importante —dice el documento— es que el ‘orden mundial’ descansará, en última instancia, en Estados Unidos, y que los Estados Unidos debe adoptar una postura para actuar de manera independiente cuando no pueda orquestarse una acción colectiva en una crisis.” Es decir, como argumentaban los voceros del gobierno de Bush, hay la voluntad de actuar dentro del marco de la ONU, pero Estados Unidos se reserva la opción de actuar unilateralmente o por medio de coaliciones selectivas para “proteger los intereses vitales de Estados Unidos”. Tanto Panamá como Cuba permanecen como puntos nodales en la articulación estratégica de aquella potencia hacia el hemisferio. En la sección dedicada a América Latina el documento afirma que

el aumento de la crisis interna de Cuba tiene elementos para cambios positivos, pero en el corto plazo la oscura situación interna probablemente generará nuevos retos a la política de Estados Unidos. En consecuencia, nuestros programas deben proveer capacidades para enfrentar una variedad de contingencias en Cuba que

La política comercial de bloques se ha recrudecido y junto con ello Cuba se esfuerza por diversificar sus relaciones, privilegiando aquellas con China, Japón, América Latina, el Caribe y Europa, especialmente España. En estos frentes Estados Unidos ha multiplicado sus esfuerzos con el fin de detener tales vínculos. Se sabe que empresas mexicanas y venezolanas han logrado nuevos créditos para comerciar con Cuba, y aunque el intercambio con los 13 miembros de la Comunidad del Caribe (Caricom) no ha mostrado mayores avances por situaciones políticas, lo cierto es que en la nueva constelación mundial que surge, es evidente la urgencia estadounidense de provocar el colapso del régimen de Fidel Castro por medios no militares, aunque no se descarten escenarios castrenses. La situación es mucho más compleja que durante la guerra fría; las fuerzas desatadas son más impredecibles y los resultados bien pueden ser adversos a las aspiraciones de Washington de forzar cambios en la isla para regresarla al patio trasero del monroísmo. La atención se centra ahora en el debate de la llamada "Acta de la Democracia Cubana" —parte importante de la operación "Libertad y Democracia" de la CIA—, un proyecto de ley aprobado por el Congreso de Estados Unidos que aumentaría —no disminuiría— la presión económica sobre Cuba. Uno de los puntos más importantes del proyecto afecta a toda América Latina por la llamada "Iniciativa para las Américas" y muy especial e inmediatamente a México a raíz de las presiones que ahora ejerce Washington para que abandone —como ya lo hizo Argentina de Menem— la doctrina Calvo. El Acta mencionada contiene medidas tales como prohibir —como ya se hizo— que filiales extranjeras de compañías estadounidenses embarquen bienes a Cuba y amenaza con suspender la "ayuda estadounidense" a cualquier país que proporcione asistencia a La Habana. El efecto de este tipo de medidas en

el contexto de la posguerra fría es diverso. Por una parte podría esperarse que buen número de países latinoamericanos fuertemente atados a las líneas de crédito del Banco Mundial, del FMI o del BID se dobleguen. La situación sería más problemática en naciones de mayor peso como Brasil y México, aunque el caso de Embraer, y la adhesión incondicional del régimen de Menem a los impulsos e iniciativas de la Casa Blanca contra Cuba indican logros importantes para Washington. En los casos europeo y asiático la situación sería más difícil. Ya Londres envió notas de protesta a Washington en el sentido de que el Reino Unido no acepta la jurisdiccionalidad estadounidense sobre las filiales de ese país instaladas en territorio británico y le advierte al Congreso de Estados Unidos que “no tienen jurisdicción sobre esas filiales” y además “las pautas de comercio inglés son asuntos de Londres, no del Congreso de Estados Unidos”. En este último país hay temores sobre el papel protagónico que podría adoptar Cuba en esta “diversificación” y su repercusión hemisférica. “Robar el futuro a América Latina, ahora”, sería la premisa central de Washington en la articulación de su política tanto hacia la isla como hacia México. Existen varias condiciones en la posguerra fría que Washington desea desactivar por medio de un pronto enclaustramiento hemisférico de las economías —y sistemas políticos— latinoamericanos. Ello es así porque, en primer lugar, objetivamente hablando, presenciamos una dispersión de los instrumentos de control de los recursos en varios polos y países. Éste es un hecho que destacan analistas como James Petras y Howard Brill.⁶⁶ Por otra parte, a la proliferación de países capaces de generar innovaciones tecnológicas, hay que añadir la existencia de diversos centros financieros y fuentes de colaboración. El asunto central consiste en determinar si las relaciones de dependencia ya establecidas en América Latina proporcionan o no elementos para crear un crecimiento autónomo o se transforman en

⁶⁶ Citados en John Saxe-Fernández: “Iberoamérica ante Estados Unidos: riesgos estratégicos”, *Excelsior*, 20 de febrero de 1990, p. 8a.

dependencia. El caso cubano es notable en el sentido de que la potencia con la que más lazos de “dependencia” desarrolló se ha desintegrado mientras mantuvo márgenes de autonomía inexistentes en cualquier otra nación hemisférica. De ahí que, por el momento, Cuba esté “suelta” y en condiciones de generar un modelo fundamentado en el aprovechamiento de las contradicciones existentes en el periodo posterior a la guerra fría. Esta potencialidad, que ahora Washington trata de socavar, se extiende al resto del continente y es una de las motivaciones centrales tanto del TLC como de la “Iniciativa para las Américas”. Al respecto es conveniente recalcar que las potencialidades para la conversión de la dependencia en progreso autónomo “no están vinculadas con el desarrollo autárquico, sino con la capacidad para explorar las oportunidades de mercado selectivamente y conducir las hacia la dinamización de las fuerzas internas”.⁶⁷ Todavía, de otra manera, es indispensable reconocer la existencia de fuerzas sociales, en lo interno cuyo papel es usualmente desatendido por quienes asumen una determinación globalista del mercado mundial o de los países capitalistas más desarrollados.

La dificultad para Washington de colocar a Cuba bajo las directrices del Banco Mundial, el FMI y el BID, anteriormente expuestas por Abrams, se percibe con mayor claridad si se tienen presentes los resultados que ya están teniendo las políticas fondomonetaristas en América Latina. Los estallidos sociales en Caracas y los últimos acontecimientos indican que se están afectando las relaciones cívico-militares, posiblemente en toda la región. Aunque los apologistas y cabildeos del gran empresariado estadounidense ahora hablan de los noventa como la década del “desarrollo” frente a los ochenta —la década perdida—⁶⁸ el hecho es que la situación

⁶⁷ *Ibid.*

⁶⁸ Kaufman, *op. cit.* De cuestionable valor interpretativo, la infraestructura informativa del trabajo de Kaufman es muy actual y valiosa.

socioeconómica ha empeorado. La política económica fundamentada en los ajustes fondomonetaristas se ha traducido en una recesión como resultado de los masivos recortes al gasto y la inversión públicos, la restricción del crédito y el alza en las tasas internas de interés y la contención salarial.

El dilema fundamental que enfrenta Washington es su creciente incapacidad para proveer suficientes recursos de capital, conocimientos y tecnología para transformar a los países de América Latina en socios capitales viables. La declinación mundial de Estados Unidos, exacerbada por el peso del gasto militar y su tendencia a la desviación hacia el sector bélico-industrial de recursos esenciales (como los destinados a la investigación y desarrollo, capital fresco, personal altamente calificado, recursos naturales estratégicos, combustibles, etc.), así como el predominio de un proyecto capitalista altamente especulativo y parasitario en los noventa, niega un apoyo mínimo para el "programa" de Bush-Clinton para la integración comercial del Hemisferio. La carencia de un contenido económico sustancial denota la intención de promover una "integración vertical" del hemisferio, con Estados Unidos como su polo hegemónico, y el Caribe y América Latina como "áreas económicas amplias", que se emplearían como "cartas de negociación" ante el área asiática y la europea.

La fuerte condicionalidad atada a todas las líneas de crédito magnificaron su efecto desnacionalizador en el proceso de toma de decisiones respecto de las políticas económicas al sur del río Bravo: la desregulación de las economías, la privatización de empresas, la abolición de tarifas, la apertura al capital extranjero, el fomento de políticas de desindustrialización, todas ellas y otras sectoriales, han sido aplicadas según formulaciones estrictamente establecidas en las cartas de intención con el FMI y las cartas de "política" con el Banco Mundial. Los resultados se centran en declinaciones netas de la inversión, aumentos en la repatriación de capitales, pago de intereses y fugas de capital; aumento y presencia de la deuda, colapso de la inversión gubernamental en infraestructura, en programas del sector social, educación e

investigación y desarrollo, debilitándose así cualquier base racional para estabilizar a las economías y promover el crecimiento y el desarrollo de largo plazo. La devastación social, económica y epidemiológica cubre a todo el continente. En este contexto de fuerza y tendencias, la presencia de una Cuba producto de un largo proceso histórico emancipador de siglos, es central para concitar un accionar latinoamericano alrededor de procesos de formación y consolidación de coaliciones de todo tipo —incluyendo de manera destacada las instituciones de orden monetario— como base y fundamento para negociar, retomar y luego afianzar el futuro en nuestras manos.

